

LOS AZTECAS

DISQUISICIONES SOBRE UN GENTILICIO

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

La que muchos llaman nación azteca fue uno de los reinos o estados con mayor renombre al tiempo de la entrada de los españoles en el Nuevo Mundo. Desde poco antes de consumarse su conquista comenzó a propalarse en Europa la fama de su gran metrópoli, la suntuosidad de sus fiestas, el poderío de Motecuhzoma y muchas cosas más. En paralelo con las cartas de relación de Hernán al Emperador, se divulgaron las reacciones de admiración expresadas por hombres como Pedro Mártir de Anglería y Alberto Dürero al contemplar los objetos de manufactura indígena que el mismo conquistador había hecho llegar a Carlos V. Pedro Mártir entre otras cosas dijo: "Me parece que no he visto jamás cosa alguna que, por su hermosura, pueda atraer tanto las miradas de los hombres".¹ Y, a su vez Dürero notó que en tales creaciones: "He encontrado objetos maravillosamente artísticos y me he admirado de los sutiles ingenios de los hombres de esas tierras extrañas".²

Expresiones también de admiración pero de signo negativo, portadoras de fuerte rechazo, fueron las que asimismo proliferaron en Europa al saberse acerca de la existencia allí de sacrificios de seres humanos, tenidos como repugnante ritual impuesto por el Demonio. Los autores de tales creaciones y prácticas eran los mismos a quienes muchos continúan llamando hasta hoy "los aztecas". Sólo que hablar de los aztecas plantea desde un principio un problema.

Tiene que ver éste nada menos que con su nombre. Para saber quiénes eran los aztecas importa acudir a las fuentes más antiguas que tratan acerca de ellos. Concuerdan éstas en dos puntos que a continuación examinaré.

¹ Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 v., traducción de Agustín Millares Carlo, México, José Porrúa e hijos, 1964, t. I, 430.

² Albrecht Dürer, "Tagebuch der Reise in die Niederlande, Anno 1520" en *Albrecht Dürer in seinen Briefen und Tagebüchern*, zusammengestellt von Dr. Ulrich Peters, Frankfurt am Main, Verlag von Moritz Dieterweg, 1925, 25.

Se refiere el primero al lugar de origen de quienes fueron conocidos como aztecas. Ese lugar se nombraba Aztlan y también en ocasiones se aludía a él como Chicomóztoc. Aztlan parece ser una forma apocopada de Aztatlan que significa “lugar de garzas”. A su vez Chicomóztoc quiere decir “el lugar de las siete cuevas”.

De uno y otro lugares hay diversas representaciones en códices como la *Tira de la Peregrinación*, el *Azcatitlan*, *Aubin*, *Telleriano Remensis*, *Vaticano A*, *Mapa de Sigüenza*, *Atlas de Durán* y algunos más. A su vez, hay referencias a los mismos sitios en la *Historia* de fray Diego Durán, la *Crónica Mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc y también en su *Crónica Mexicáyotl*, en la *Historia de los Mexicanos por sus Pinturas*, en las *Relaciones* de Chimalpain, la *Historia* de Cristóbal del Castillo, así como en crónicas de otros frailes, entre ellos Motolinía, Mendieta y Torquemada.

En varias de esas fuentes Aztlan y Chicomóztoc aparecen como lugares de origen no sólo de los llamados aztecas sino también de los pertenecientes a otras tribus o grupos nahuatlacas. Ahora bien, el cronista indígena Cristóbal del Castillo, coincidiendo con otros también nahuas como Chimalpain y Alvarado Tezozómoc, hace saber que

los que allá están haciendo su hogar [...], los que gobiernan en Aztlan Chicomóztoc son los aztecas chicomoztocas. Y sus macehuales eran los mexitin, los ribereños, los pescadores de los gobernantes aztecas; ciertamente eran ellos sus macehuales, sus pescadores. Y sus gobernantes los maltrataban mucho, mucho los hacían tributar.³

Al decir del mismo Cristóbal del Castillo y de otros que aportan parecidas noticias, quienes allí en Aztlan Chicomóztoc se veían tan afligidos, tenían un sacerdote llamado Huítztl, el cual suplicaba a Tetzauhtéotl, su dios protector, es decir Tezcatlipoca, que liberara a su pueblo. El dios portentoso oyó su petición y ordenó a su pueblo que saliera de ese lugar y abandonara para siempre a sus antiguos dominadores los aztecas chicomoztocas. Algunos códices, relatos en náhuatl y crónicas posteriores en castellano aunque informan que, junto con el pueblo escogido de Tetzauhteotl, marcharon también otras tribus nahuatlacas, sin embargo, muy pronto concentran su atención en el caso de los seguidores del sacerdote Huítztl.

Interesa ya considerar aquí el segundo punto en el que también concuerdan las principales fuentes. Se refiere éste al momento en que

³ Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la Conquista*, traducción y estudio introductorio de Federico Navarrete Linares, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991, 113.

los seguidores del sacerdote Huítztl, por orden de su dios, cambiaron de nombre. Con él habrán de conocerse en todas las fuentes indígenas y asimismo en todos los trabajos de cronistas e historiadores hasta fines del siglo XVIII. En forma bastante expresiva, el *Códice Aubin* recrea las palabras que el dios protector dirigió a su pueblo:

Y enseguida allá les cambió su nombre a los aztecas. Les dijo: Ahora ya no será vuestro nombre el de aztecas, vosotros seréis mexicas, y allí les embijó las orejas. Así que tomaron los mexicas su nombre. Y allá les dio la flecha y el arco y la redecilla. Lo que volaba, bien lo flechaban los mexicas.⁴

Abundando en esto, y con el apoyo de su propia lectura e interpretación de varios códices, fray Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana* precisa el momento en que ocurrió el cambio del nombre. Fue ello en un alto en el peregrinar de quienes habían salido de Aztlan. En el tronco de un árbol muy grande y grueso hicieron un hueco para colocar allí la efigie de su dios. Hecho esto, se pusieron a comer. De forma un tanto portentosa se oyó de pronto un gran ruido y el árbol se quebró por enmedio. Teniendo ese acontecer como un augurio, el dios protector a través del sacerdote Huítztl, ordenó entonces a su pueblo se apartara de los otros grupos o tribus nahuatlacas y mudara de nombre. He aquí lo que refiere Torquemada:

Ya estáis apartados y segregados de los demás y así quiero que, como escogidos míos, ya no os llaméis aztecas sino mexicas; y que aquí fue donde primeramente tomaron el nombre de mexicanos y juntamente con trocarles el nombre les puso señal en los rostros y en las orejas un emplasto de trementina cubierto de plumas, tapándoselas con él, y dioles juntamente un arco y unas flechas y un chicatli, que es una red donde se echan tecomates y jicaras, diciéndoles que aquello era lo que había de prevalecer en ellos.⁵

El cambio de nombre prevaleció. En los textos en náhuatl, aunque a veces con algunas pequeñas variantes, se empleó el gentilicio mexicas. A su vez en las crónicas y otros escritos en castellano, el nombre se transformó en mexicanos. Hernán Cortés en sus cartas de relación se refiere casi siempre a ellos con esta expresión “los de México”. Otro tanto ocurre en la *Historia de la*

⁴ *Códice Aubin, Historia de la Nación Mexicana*, edición y traducción de Charles E. Dibble, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1958, 22-23.

⁵ Fray Juan de Torquemada. *Monarquía Indiana*, edición preparada por el Seminario bajo la dirección de Miguel León-Portilla, 7 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, I, 114.

Conquista de México por Francisco López de Gómara. Bernal Díaz del Castillo en su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, alude a los habitantes de la gran ciudad en medio de los lagos llamándolos “mexicanos”. A partir de él todos cuantos escribieron en el periodo colonial emplearon el mismo vocablo. Ello es verdad en el caso de Motolinía, Diego Durán, Bernardino de Sahagún, José de Acosta, Antonio de Herrera, Juan Suárez de Peralta, Enrico Martínez y, en tiempos posteriores, Carlos de Sigüenza y Góngora, Gemelli Carreri, Lorenzo Boturini, Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, Francisco Javier Clavigero y asimismo del inglés William Robertson.

No es sino hasta 1810 cuando el empleo de la palabra “mexicano” empieza a ceder su lugar al de “aztecas”. Debe notarse, sin embargo, que ello no ocurrió de manera universal en virtud de alguna consideración histórica sino que fue introduciéndose poco a poco. En 1810 apareció en francés la obra de Alejandro de Humboldt, *Vistas de las Cordilleras y Monumentos de los Pueblos Indígenas de América*. En ella la palabra “azteca” se registra en muchos lugares. Así, por ejemplo, en una lámina en la que se muestran varias escenas tomadas del *Códice Borgia* aparece el siguiente pie “Hieroglyphes Aztèques”. Otro tanto ocurre con la reproducción de una página del *Códice Vaticano B*, del que dice Humboldt que es un *Manuscrit Hieroglyphique Aztèque*. Tanto en estos casos, como en otros de pie de láminas o a lo largo del texto, Humboldt emplea el gentilicio aztèques. Es cierto que en alguno que otro lugar conserva Humboldt el uso de la expresión “les mexicains”. Comentando él mismo el que hoy conocemos como *Mapa Sigüenza*, al que describe como *Histoire Hieroglyphique Aztèque*, habla de Aztlan como el lugar de donde salieron los aztecas. Tal vez esto pudo moverlo a usar de preferencia esta última designación.

El empleo de la palabra “azteca” que, según vimos, por ser el nombre de los antiguos dominadores de Aztlan Chicomóztoc, fue hecho a un lado por el dios protector, se fue extendiendo poco a poco. Un historiador que mucho influyó en esto fue William Prescott que sacó a luz su *Historia de la Conquista de México* en 1843. Este libro que tan grande difusión alcanzó, apareció curiosamente un año antes de que los Estados Unidos consumaron la anexión de Texas.

El mismo año de 1843, M. de Larenaudiere, en la obra intitulada *Mexique et Guatemala*, emplea la palabra aztèques casi siempre para designar a los mexicas. Otro tanto sucedió con libros como el de Michel Chevalier, *Le Mexique Ancien et Moderne*, aparecido en París en 1864 y, en tiempos posteriores, en los volúmenes que dedicó Hubert Bancroft a los pueblos indígenas de México y a la conquista consumada por Hernán Cortés.

Una posible explicación de por qué la palabra azteca se impuso a la de mexica o mexicano se halla quizás en el hecho de que, aún poco antes de consumarse la independencia de México, se quiso distinguir

entre el nombre de los habitantes de todo el país, conocidos ya como mexicanos y el del antiguo pueblo que había fundado la ciudad de México, proveniente de Aztlan, al que se le atribuyó el gentilicio de aztecas. En el caso de la lengua inglesa, aunque algunos autores como Prescott, conocieron la existencia de la palabra *mexica*, probablemente no la usaron puesto que en inglés “*mexica*” parecería una errata del vocablo *Mexican* utilizado para hacer referencia a los habitantes de todo el país.

No obstante la generalización en el uso de la palabra azteca, historiadores tan distinguidos como Manuel Orozco y Berra y Alfredo Chavero se abstuvieron generalmente de su empleo. Chavero en el tomo I de *México a Través de los Siglos*, dedicado a “Historia Antigua y de la Conquista”, intituló todo el libro IV de su trabajo con la siguiente expresión “Los mexicas”.

Fue sobre todo a lo largo del siglo XX cuando el empleo del gentilicio “aztecas” se fue haciendo cada vez más frecuente. Tanto es así que se ha llegado a bautizar a todo México como “el país azteca” y a veces hablando de jugadores o toreros mexicanos, se dice de ellos en el extranjero que son “el jugador o el matador aztecas”.

Tan sólo en las últimas décadas, cuando el estudio de los antiguos textos nahuas se fue ampliando, empezó a privilegiarse el vocablo “*mexica*”. En no pocos casos, percibiendo la semejanza que existe entre muchas de las creaciones de los mexicas y de otros pueblos de habla náhuatl, se introdujo al hacer referencia a todos ellos otro gentilicio de connotación más amplia, los nahuas. Una muestra de este deseo de rectificación, la tenemos en la exposición arqueológica, que con motivo del V Centenario, se abrió en el Museo Arqueológico de Madrid. Quienes participamos de diversas formas en su organización, José Alcina Franch, Eduardo Matos Moctezuma y yo, acordamos intitularla Azteca-Mexica como para introducir ya entre los españoles y cuantos la visitaran la propuesta rectificación.

A pesar de todo, el nombre de aztecas, que el dios protector quiso hacer a un lado porque era el de quienes habían tiranizado a su pueblo, hasta hoy se sigue empleando en muchos momentos y lugares. Por ejemplo, un curso dado en 1996 en El Escorial se presentó como de los “aztecas”.

Todo esto, que puede parecer una mera disquisición irrelevante es sin embargo muy significativo. No sólo contraría el designio del dios protector sino que es también un trastocamiento de la historia, una ironía que insiste en dar el nombre de los tiranos a quienes se separaron de ellos e hicieron suyo otro apelativo. Y si esto lo aplicamos a México entero, del que se suele decir que es “el país azteca”, la ironía parece casi una burla del

destino.

La paradoja

En estricto rigor hoy ya no hay mexicas. Hay muchos que siguen hablando en náhuatl. Viven en diversos lugares del país que se llama México, y aun fuera de él en Centroamérica y hasta en algunas comunidades indígenas emigradas a los Estados Unidos. En el corazón de México, en su megacefálica metrópoli ya no hay mexicas, los que moran en ella son mexicanos, además de cientos de miles de gentes llegada de los cuatro rumbos del mundo, es decir de Mesoamérica y de fuera de ella.

Ahora bien, en la gran ciudad con todo lo mucho que tiene de bueno y de malo, desde que el país consumó su independencia se recuerda con insistencia a los mexicas, llamándolos casi siempre aztecas y se evoca la figura del joven príncipe Cuauhtémoc. La historia oficialista ha buscado dar cohesión a México entero en función sobre todo del que se considera el legado de los aztecas. Así, aún en lugares que fueron sojuzgados por éstos, como en Veracruz, Oaxaca o Chiapas, se levantan monumentos a Cuauhtémoc y se exalta lo mexicana.

Una gran paradoja, tan grande que pocos la han percibido, acompaña a todo esto. A algunos podrá parecer cuestión de palabras. A otros, pocos quizás, sonará como enunciación de un destino malogrado. Recordemos lo que en aquel lugar donde se desgajó un árbol ordenó Huitzilopochtli a sus seguidores. Les mandó entonces que cambiaran su nombre. “Ya no os llamaréis aztecas sino mexicas”, les dijo.

Azteca era el nombre de sus antiguos dominadores, allá en Aztlan. Mexica iba a ser el nuevo nombre que evoca uno del mismo Huitzilopochtli conocido también como Mecitli, o Mexitli. Siendo esto así, ¿por qué entonces en México se sigue evocando y exaltando a los aztecas? Por qué dentro y fuera se suele decir que México es “el país azteca”? ¿Por qué se continúa dando tal nombre —el de los execrados dominadores de los mexicas— a cuanto hay en el país entero?

Ésta es la paradoja, una de tantas, pero quizá una de las más grandes, que acompañan a un pueblo, una nación que tan sólo hace muy poco ha empezado a reconocer que tiene un ser pluricultural y multilingüístico. ¿Se seguirá diciendo de ella que es heredera de los aztecas? De las garras de éstos escaparon los mexicas. Hoy, ¿podrá liberarse México de todo centralismo y de todo pseudoindigenismo aztequizante? ¿Se fincará su grandeza en sus muy hondas y variadas raíces? Pienso en las de sus muchos pueblos originarios cuyas lenguas y culturas sobreviven, aunque en grave peligro, y también en las de quienes han sido

portadores de la civilización de Occidente en su versión hispánica y, asimismo, en las de esas gentes que, como esclavos fueron arrancados del Africa; en fin, en las aportaciones de cuantos en diversos tiempos, como los judíos, los libaneses y otros, han venido a afincarse en México.

A esto he llegado —tal vez sin proponérmelo— en esta reflexión. ¿Cómo podrá hacerse a un lado la paradoja que comenzó según parece, a principios del siglo pasado, irónicamente al tiempo en que México consumó su independencia? Entonces revivió el nombre de aztecas y, en paralelo, un centralismo chauvinista en un país que se proclamó federal y republicano.

Mucho de lo que ocurre hoy en México parece nueva búsqueda, ojalá que no sea ya con sangre, del recto camino y del espejo luminoso que le revelen su ser y destino. ¿Estarán en él, por fin, presentes y actuantes todos los que han vivido por siglos marginados? ¿Dejará de ser “el país azteca” y se convertirá en el de todos cuantos viven en él? Podrá cumplirse entonces lo que en el mito entrevió quien fue guía —no de los aztecas sino de los mexicas— cuando dijo que México iba a existir formado por pueblos procedentes de los cuatro rumbos del mundo?